

Schoenstatt bajo la mira de los Nazis.

En el año 1939, el Seminario de los Pallottinos en Schoenstatt fue ocupado por los nazis. El 30 de Abril de 1939, la imagen de la Santísima Virgen en su frontis fue tapada con una bandera nazi. El mismo Padre fundador retiró el Santísimo desde el Seminario, que estaba en una colina. Al día siguiente, 1º de Mayo, comienza el Mes de María en Alemania; él empieza a predicar sobre el Poder en Blanco. Prevé la proximidad de la guerra y por eso empieza a orientar a la Familia hacia el único refugio antiaéreo seguro: el corazón de la Virgen. Comienza a hablar de la entrega en blanco, afirmando que sólo el hombre que se ha entregado sin condiciones a Dios va a resistir lo que vendrá.

Más adelante, la noche del 31 de Mayo de 1939, se realiza el “acto de la Capillita”, en el cual un grupo de Hermanas rodea el Santuario, formando una cadena de fidelidad en torno a él y al Padre Fundador, que está adentro, y ofrecen sus vidas para que no le suceda nada a la Obra durante los tiempos que se avecinan. Mientras tanto, los nazis han convertido el Seminario en una escuela nazista y las marchas nazis resuenan desde la colina en el valle de Schoenstatt. Es justamente en ese entonces cuando aparece el “Himno de la Familia” y los schoenstattianos cantan desde abajo: “Los tuyos no se hundirán”.

Luego viene la coronación de la Santísima Virgen, el 10 de Diciembre de 1939.

En el año 1939 encarcelaron al primer sacerdote schoenstattiano. No bien lo supo, se dio cuenta que también podía ocurrirle eso a él, e inmediatamente dijo a Dios: “Si está en tus planes acepto gustoso la cárcel”. Se sentía así absolutamente libre y estaba dispuesto y preparado para cualquiera cosa que Dios pudiera mandar. Su hora llegó en septiembre del año 1941.

El 14 de Septiembre de 1941, la Gestapo lo va a buscar a Schoenstatt con la intención de aprehenderlo. Pero al día siguiente el P.Kentenich comenzaba un curso de retiro para sacerdotes. Por eso le explica al hombre de la Gestapo que si le llevaba preso ahora, esto se sabría en toda Alemania inmediatamente, porque al día siguiente debían llegar a Schoenstatt 100 a 150 sacerdotes de todas las diócesis alemanas. Si el curso no se puede dar porque él está en la cárcel, ellos al volver a su diócesis, propagarán por todas partes que fue tomado prisionero. El P.Kentenich predica entonces su último retiro.

Lo han citado a las 8.00 a.m. pero lo hacen esperar toda la mañana y, al final, tal como él esperaba, le anuncian que queda detenido y lo encierran en un calabozo subterráneo. El edificio que ocupaban las oficinas de la Gestapo era un antiguo banco y los nazis han convertido sus bóvedas en calabozos. El P.Kentenich entra ahí, en ese calabozo subterráneo, y empieza a oír gritos de los presos en las celdas contiguas. El ochenta o el noventa por ciento de los prisioneros se volvían locos, pues a los tres días de estar allí a oscuras sufrían grandes crisis nerviosas. El ambiente era espantoso. Todos gritaban, lloraban. Entre ellos había varios sacerdotes. Justamente, una de las cosas que más impresionó al Padre fundador en ese tiempo fue ver que los sacerdotes, quienes deberían ser otros Cristo para los demás, es decir, transmisores de su fuerza y de su confianza, se destruían psíquicamente con apenas tres días de encierro en una pieza oscura; el miedo podía aniquilar una personalidad sacerdotal en tres días.

El P.Kentenich en su celda, se dedica a rezas en voz alta y a cantar fuertemente para transmitir energías y esperanzas a los demás. Quiere que ellos sientan: aquí por lo menos hay alguien que no tiene miedo. Al salir de allí, después de cuatro semanas, lo primero que comenta es: “¡Por fin tuve vacaciones!”. Esto lo contó el mismo capellán de la cárcel que lo escuchó. Todos quedaron asombrados: lo habían metido allí para quebrar su personalidad y sale agradeciendo por las vacaciones que le dieron, después de tanto tiempo durante el cual había trabajado sin

descanso. Comentando esta estadía en la cárcel dijo: “Durante muchos años he pasado el tiempo hablándoles a los hombres de Dios. Es bueno tener ahora un tiempo largo en que pueda hablarle a Dios de los hombres y rezar en paz”. Los que lo vieron dicen que salió con una frescura de ánimo y de cuerpo realmente impresionante, como si de verdad hubiera estado de vacaciones.

Más tarde, una vez se le preguntó: “Padre, ¿cuál fue el momento más difícil de su estadía en la cárcel, en el calabozo subterráneo y después, en el campo de concentración? ¿Cuál fue la hora más difícil que pasó allá?”. El respondió: “No hubo ni un segundo difícil”. Y explicó el por qué de su excepcional resistencia señalando diversos motivos. En primer lugar, desde niño, él se ejercitó siempre en llevar una vida recia y varonil, en dominar su cuerpo. Dormir en el suelo, estar a oscuras y comer poco, son cosas que no lo deshacen, que puede controlar perfectamente porque, en 1941, lleva ya 56 años ejercitándose en dominar su cuerpo. Todo eso no lo cogió de sorpresa ni física ni tampoco anímicamente, pues hacía ya muchos años que él vivía de la voluntad de Dios: Estoy cobijado allí, y en la cárcel me he sentido plenamente en el corazón de Dios – decía el Padre -. Quiero estar siempre donde él me quiere y me siento tan contento en un calabozo oscuro como en mi cama, o en la Casa de Ejercicios predicando retiros. Mi lugar es el lugar que me señale la voluntad de Dios. Por eso, mi sensación al llegar a la cárcel ha sido la de un peregrino que por fin llega a la tierra de sus anhelos. Hacía años que le estaba pidiendo a Dios todas las cruces que él quisiera enviarme. Por eso, cuando me llegaba una cruz, nunca me tomó de sorpresa: era lo que yo estaba pidiendo y para lo que me estaba preparando.

La cárcel de Coblenza funcionaba en un antiguo convento de Carmelitas. Al llegar allí, el P.Kentenich se muestra, en primer lugar, como un hombre plenamente libre, a pesar de sus cadenas. No acepta ser tratado como cosa. Se niega a que le quiten la sotana, pues quiere seguir mostrándose como sacerdote; también exige una celda para él solo. Nadie le ha explicado por qué está preso. Él piensa: “yo soy ciudadano alemán y tienen que tratarme con dignidad, no pueden tratarme como un animal. Soy sacerdote y exijo conservar mi ropa, tener una celda para mí solo y no acepto trabajar”. Le han ordenado pegar cartuchos de papel, pero él no acepta: “Yo no soy esclavo de nadie y nadie puede imponerme cosas sin darme explicaciones. Yo soy un hombre libre”. Así entra en la cárcel, después de haber dejado asombrados a todos por la forma en que salió del calabozo subterráneo.

APÓSTOL DESDE LA PRISIÓN.

El Padre permanecerá en la cárcel del Carmelo hasta marzo de 1942. Allí empieza a desplegar una actividad apostólica increíble. Después de un tiempo se da cuenta que puede tomar contacto con el exterior a través de los carceleros, a quienes conquista por su personalidad paternal. Entonces comprende que necesita papel y anuncia su deseo de empezar a trabajar pegando cartuchos. Lo hace con el único propósito de aprovechar el papel y envía así los primeros mensajes al exterior. Usa como correo a dos carceleros, pero sin que ninguno sepa del otro, de tal manera que cada uno sienta que es el único depositario de la confianza del P.Kentenich y para que así quede protegido el otro, en caso de ser descubierto uno de ellos. Por el mismo motivo, siempre los mandó separados. Cada uno se siente honrado en ser el enviado personal de un hombre como el P.Kentenich. Uno de ellos va al Hospital de las Hermanas en Coblenza, llevando los primeros mensajes. Cuando las Hermanas se dan cuenta de esta posibilidad de contacto, deciden tejer y mandar un chaleco, en cuyos dobleces iban lápices chicos y que también podían servir para que él ocultara allí papelitos enrollados. Desde su celda, el Padre fundador escribió un sinnúmero de oraciones, cartas y escritos diferentes.

El 20 de diciembre dos Hermanas rondan en torno a la cárcel, se hacen amigas del sacristán de la iglesia contigua, y descubren que, desde una ventana de la torre, se ve la celda del Padre fundador. Establecen entonces contacto por señas con él. Más

tarde, él incluso se atreve a abrir la ventana y escucha así lo que le dicen sus visitantes desde la torre. Como él mismo lo comenta, su celda se convirtió en un púlpito desde el cual continúa predicando retiros a la Familia, como si aún estuviera totalmente libre.

Las Cartas de Navidad y el “Jardín de María”.

El 25 de diciembre comienza un desarrollo nuevo. A una Hermana muy joven del Hospital de Coblenza, la Hna. Mariengard, se le ocurre escribir una carta al Niño Jesús poco antes de Navidad. En ella pide al Niño Jesús que, como regalo de Navidad, realice un milagro de Nochebuena: la liberación del Padre fundador. La carta es muy bonita y sencilla. La Hermana se la regala a su Superiora, a fin de darle una alegría, y ésta, sin decir nada, la hace llegar al Padre fundador en la cárcel, quien la recibe el 24 de diciembre. Ese día el Padre fundador escribe dos cartas: una a la Familia en general y otra a la Hna. Mariengard, Coblenza. Pero las dos cartas contenían una idea nueva. El nombre de la Hna Mariengard, es un nombre que, con una pequeña variación significa “Jardín de María”. El P.Kentenich le escribe a nombre del Niño Jesús una carta al parecer muy simple:

 Mi pequeña y querida Mariengard, cumpliré tus deseos cuando tu corazón y el corazón de toda la familia se transforme en un florido jardín de María. así, pues, el cumplimiento de tu petición, “el milagro de la Nochebuena”, está en tus manos y en las de los hijos de Schoenstatt.

 Apresúrense para que no sea demasiado tarde...

¿Qué es lo nuevo en esta carta tan simple? El Padre fundador expresa, en una forma muy clara, la solidaridad de destinos que lo ata a él con la Familia; da a entender que su liberación física va a depender de la libertad interior que conquiste la Familia. Ese mismo día, en la otra carta que escribe a toda la Familia, expresa esto en forma más explícita.

 A partir de ese día el Padre fundador empieza a insistir en esa idea: Yo estoy preso por ustedes, con la entrega de mi libertad exterior estoy pagando la libertad interior de ustedes; y ustedes van a tener que pagar mi liberación exterior con su libertad interior, es decir, luchando por hacerse hombres interiormente libres, en el espíritu de la Inscriptio: hombres libres, enteramente dispuestos a aceptar todo lo que Dios quiera en cualquier momento. Así ustedes, con su libertad interior, van a conquistar la mía, mientras que yo, por mis cadenas físicas, voy a conquistar la libertad de ustedes...

 Poco a poco empieza a crecer en la Familia esta consciencia: Somos una red de solidaridad, estamos atados unos con otros, tenemos un solo destino... En la vida del Padre fundador se juega la nuestra y en la nuestra se juega la de él... Esto se hace especialmente vivo en Coblenza, en el Hospital donde vive la Hna Mariengard. Allí, ese anhelo de esforzarse por llegar a ser un “Jardín de María”, por crecer como un Jardín de María para merecer la libertad del Padre.

Pauta:

1. ¿Cuál era la forma que Dios mostró para liberar al Padre?
2. ¿Cuál es la auténtica libertad?
3. ¿Qué es el Jardín de María?